

Confesiones sin confesión de una que envidia –también

A la envidia, junto a la avaricia y a la soberbia, sus hermanas de sangre entre las antiguas pasiones capitales, la llaman “la inconfesable”.¹ Hoy sigue costando que las mujeres digamos “soy envidiosa”, mucho más que admitir ser perezosa, que en nuestros tiempos hasta se ha convertido en un acto de resistencia a la desmadrada productividad capitalista, o, gracias al feminismo, incluso, cuesta poco presentarse como lujuriosa. Con la envidia el feminismo ha conseguido que las mujeres hablemos –¡que ya es mucho!– de cómo se da y nos afecta, entre amigas, entre madres e hijas, entre hijas y madres, maestras y alumnas, en los grupos de trabajo o en los políticos; de sus estrategias y mecanismos oscuros, de sus engaños e ilusiones, de su destructividad y también de sus beneficios.² E insisto en que ya es mucho que las mujeres hablemos de nuestra propia envidia, puesto que, parafraseando a Luisa Muraro en la introducción al libro de Diótima, *La magica forza del negativo*, “cuando el negativo se deja introducir en el discurso, quiere decir que, poco o mucho, ha salido de su absoluta negatividad y no pretende triunfar solo”.³

Hablar no es confesar, ni hablarse, confesarse. Entre mujeres sigue existiendo una resistencia a confesarnos envidiosas que creo que da medida de la dimensión que tiene la envidia en y para nosotras, una dimensión que lleva el peso de una situación de doble carga: el estigma político-cultural de siglos y siglos de asignación patriarcal de la naturaleza envidiosa de las mujeres, y la herida psicosocial, que pone en juego la relación con lo otro de la otra en cuyo origen está la relación con la madre de cada una.

* Este artículo se enmarca en el proyecto “Horizontes culturales de la relación materna libre. Arte, literatura, legislación y pensamiento (siglos XVII-XXI) (HCRML)”, I+D+I RTI2018-101351-B-I00 del MICIU.

Cuando hablo de la dificultad de confesarse envidiosa, me refiero al sentido zambraniano de confesión, esto es, a ese habla o escritura que somete a una existencia desnuda ante el dolor, que te exige revelar las entrañas del terror de sentirte un “ser a medias”: “el sujeto se revela a sí mismo, por horror de su ser a medias”, dice María Zambrano.⁴ Las que hemos llevado a la consciencia la envidia sentida conocemos muy bien ese dardo punzante que provoca el verse una misma mediocre ante el espejo de la otra a la que atribuimos la grandeza que creemos no tener y desearíamos para nosotras. Confesar el daño que inflige la envidia, el sufrimiento emocional más parecido que hay al dolor físico,⁵ no es la coquetería intelectual de algunas que admiten ser envidiosas. Coquetería que salva de la idealización e incluso de las posibles envidias, pero no desentraña el doloroso sentir al que te somete.

¿Para qué puede servir políticamente confesar o confesarse la envidia, en este sentido zambraniano de confesión?, más allá del mero hecho de que los actos de habla sean tanto actos políticos como sanadores, como ya dijeron las feministas al son postestructuralista y psicoanalítico. En la confesión, Zambrano, cuya reflexión nace de la lectura de las *Confesiones* de Agustín de Hipona, pone en relación el movimiento doble en el que esta actúa: en la desesperación y en la esperanza. La necesidad de confesarse nace de una huida desesperada de sí. Escapamos de la desazón e insoportabilidad de sentir el dolor de la envidia, su mezquindad y maldad en una, de verse pequeña, vulnerable, fracasada ante la sobredimensión de la otra. El género de la confesión, aún según Zambrano, no se queda ahí, en la complacencia de la queja, en el gusto por el lamento, en el placer narcisista de ventilar y aceptar las propias miserias, como pasa en el género novelado. La novela objetiva el sujeto del habla, en la objetivación no se alcanza la trascendencia. La confesión, al mantener el sujeto parlante como sujeto del discurso, es una escritura de

búsqueda de trascendencia, de encuentro de la vida y transformación del padecer. Aquí radica la esperanza que ofrece la confesión zambraniana, la posibilidad de la revelación de la vida y la trascendencia de sí.

Este recorrido hacia la esperanza del encuentro de sí más allá de sí, que es la confesión, traza un método, en el sentido de camino para cada una, que podría ser útil para la política de las mujeres y los hombres que la quieran seguir. Discúlpeame si caigo en la “tentación del bien” a la que Diana Sartori advierte que nos enredamos muchas mujeres por la dificultad que tenemos de relacionarnos con el mal y su destructividad.⁶ No pretendo ni que vuelvan los confesionarios ni la autoconciencia de las norteamericanas de los setenta, solo propongo la posibilidad de integrar la confesión zambraniana en una o varias de las prácticas de la política de las mujeres que han nombrado las feministas italianas de la Librería de mujeres de Milán y las de Diótima, la comunidad filosófica femenina de la Universidad de Verona, aprovechando la facilidad que tenemos las mujeres en hablar a corazón abierto de nosotras mismas. La práctica, dice Chiara Zamboni, es un proceso que empieza dando una respuesta inventiva al contexto y haciéndola lo modifica. En este proceso se significan aspectos de la realidad que primero no eran visibles; por eso son prácticas simbólicas, porque ponen palabras donde no las había.⁷

La confesión tiene vínculos con la práctica del partir de sí, con las dos modalidades de la práctica de la relación, la de la disparidad y la del *affidamento*, la práctica de lo simbólico y algo de la práctica del inconsciente.⁸ El partir de sí, como la confesión, no objetiva el sujeto del discurso, lo hace vivo. Permite abrir espacios nuevos de saber sin repetir lo dado.⁹ En la práctica del partir de sí, se da el mismo movimiento dual de la confesión: la huida de sí y el encuentro de sí. El primer movimiento implica la puesta en juego de la subjetividad parlante/escribiente,

quien habla/escribe es punto de partida. Es lugar de partida, no de llegada, no se trata ni de autobiografía ni de escritura expresiva, de la expresividad del yo, sino de acceso a lo otro. El segundo movimiento te expulsa a la otredad, a la realidad que necesita ser simbolizada por quien habla/escribe.

La envidia no soporta la disparidad, la diferencia. Su tendencia a nivelar, a rebajar, a homogenizar dificulta mucho la práctica del *affidamento*. La envidiosa rebaja a la envidiada para calmar su dolor ante lo que cree una falta. La envidiada se rebaja para exorcizar este fantasma de la falta. Confesar o confesarse la envidia permite que estas prácticas se den libres de identificaciones especulares malsanas, de fusión y confusión. Al revés no funciona. Lo sabemos las que las practicamos. Estas prácticas no evitan su acción destructiva, puede que la retarden o la enmascaren más aún, pero ella, la envidia, vuelve y vuelve.

Yo misma la he conocido muy de cerca. Se presentó bajo la máscara de la admiración y la caridad, si bien la tradición cristiana sitúa la caridad como antídoto de la envidia. He sido víctima de la necesidad de mí de la otra. De ese yo que no era yo sino sus ideales del yo confundidos en mí. Y que, confieso, en el que yo misma he caído enredada. En esta identificación en la que una ya no es más una distinta o solo semejante, sino una igual, la misma, no es posible vivir. Aquí no hay relación, circulación de autoridad, hay apego al yo. No existe el dos, solo una. En esta dinámica, mientras la ilusión especular se mantiene todo fluye. Cuando el espejo se rompe, la furia es imprevisible, viene de donde menos te lo esperas. De esta red se puede salir, no sin dificultades, del mismo modo en que se sale del espacio psíquico de la madre al que venimos al mundo,¹⁰ ir separándose sin dejar de reconocer su don. El don de la amiga que te envidia es su amistad; el de la madre que envidia a la hija, su amor.¹¹

Libradas de la envidia patriarcal

Liberarse de la carga patriarcal de la “mujer lujuriosa” es librarse de un plumazo de la moral y la sexualidad patriarcales, del lugar de la prostituida y de la sexualidad vaginal donde nos colocaron. Liberarse de la lujuria es una liberación feliz. Liberarse de la carga de la “mujer envidiosa” o de la alegoría de la envidia con rostro de mujer de la iconografía pictórica, de la emblemática y de la literatura y filosofía patriarcales libera de la acusación e identificación de las mujeres con la envidia y sus miserias; hasta de la envidia freudiana del pene. Pero no nos libra ni de su sentir ni de sus miserias.

La psicoanalista Silvia Vegetti Finzi no cree que las mujeres podamos envidiar a los hombres, sí competir con ellos. Una mujer, señala Vegetti Finzi, solo envidia de verdad a otra mujer.¹² Realmente, si las mujeres hubiéramos actuado por envidia, cuántos hombres hubieran padecido. Celos de la autoridad masculina sí hemos tenido las mujeres. Los celos derivan de la envidia, aunque no se puedan confundir con ella.¹³ En los celos la estructura relacional es triádica, hay dos que compiten o rivalizan por el amor, estima, confianza de otro u otra (padre, madre, amante, jefe/a, etc.). María, la profetisa hermana de Moisés y Aarón, del libro del Éxodo, no es envidia lo que siente por Moisés sino celos e incompreensión por no recibir los mismos favores de Yahvé, cuando ella ha cantado igual que Moisés su gloria.¹⁴ Lo mismo que yo con mi hermano. María competía con Moisés por la autoridad divina, yo con mi hermano por la materna. Los celos de las mujeres por algunos hombres implican rivalidad y competición en busca de un objetivo común. En la envidia hay identificación, en la competición, no. Te mides, pero no te espejas en el otro. La envidia implica una relación especular de fusión y confusión que para las mujeres que nos gusta serlo solo se activa ante otra mujer. La envidia entre mujeres no empuja a la competitividad, despierta la angustia, a veces persecutoria, otras depresiva, según los

casos.¹⁵ Pero siguiendo a Vegetti Finzi, la competitividad no se debe confundir con la envidia, a pesar de que esta correlación se haga desde Hesíodo, y de él lo retoma Nietzsche como impulso al agonismo,¹⁶ y de los empeños de la psicología cognitiva y la social sometidas al simbólico masculino.¹⁷

Hay muchos pasajes del pensamiento moral occidental en los que los filósofos identifican al envidioso con el necio y al envidiado con el hombre sensato, dotado, con gloria y fama (Jenofonte en *Memorabilia*, Aristóteles en la *Retórica* o La Rochefoucauld, en sus *Máximas*). Muchos pintores humanistas recuperaron este sentido de la envidia en sus autorretratos. Se auto representaban con los atributos iconográficos occidentales de la envidia: la serpiente, el rostro de una mujer anciana con sierpes por cabellos, una manzana, dos perros luchando por un hueso.¹⁸ En el patriarcado ser envidiado tiene precio al mismo nivel del desprecio que tiene ser envidioso. Hoy en día, el márketing empresarial patriarcal ha recogido este mismo significado. La empresa de moda Gucci ha dado el nombre de *Envy Me* a una de sus fragancias femeninas o la de automóviles Mercedes Benz ha promovido una campaña en el *New York Times* en la que el eslogan reza “Más potencia. Más confort. Más envidia”.¹⁹ Enzo Melandri llama a la envidia como “el mal menor”, dado que alimenta la competición, la emulación y el individualismo.²⁰

El valor social que el patriarcado da a la envidia entre hombres, valor que recoge la psicología cognitiva, no sirve a las mujeres que nos hemos salido de su orden simbólico. El dicho catalán, que he oído decir a mi madre, “Val més enveja que pietat” (“Mejor envidia que piedad”) resume muy bien el prestigio social que tiene ser envidiado o envidiada en este desorden simbólico que prefiere una relación envidiosa a una de amorosa. Prefiero la piedad a la envidia. “Piedad es saber tratar con lo diferente, con lo que es radicalmente otro que nosotros”,

dice María Zambrano en “Para una historia de la Piedad”.²¹ La envidia, según la misma Zambrano, “convierte en sombra de una vida ajena a la propia vida”.²²

El fin del patriarcado que hemos traído las feministas ha librado a las mujeres de esta competición con los hombres por el valor de la existencia femenina y de la identificación entre envidia y rivalidad entre mujeres. Nos ha librado de la envidia femenina mediada por el desorden simbólico del padre, la narrada por los cuentos de hadas. La de la competitividad entre mujeres, la de las madrastras malignas que envidian la belleza de la juventud de las ahijadas porque la belleza de la vejez femenina no tiene papel en el patriarcado; esa envidia que muestra la artista visual afroamericana Carrie Mae Weems en *Mirror, Mirror*, de la serie fotográfica *Ain't Jokin* (1987-1988), subrayando el corte racista además del patriarcal de la cultura occidental. O la envidia de las hermanas, hermanastras y amigas que envidian a la otra por tener un hombre que le da mejor vida en estatus, riqueza y amor. En el desorden simbólico patriarcal la envidia de las mujeres es una envidia celosa y sin reconocimiento. Se es envidiada por los atributos “naturales”, se es envidiosa por la baja moral, también “natural”. De esa envidia nos hemos liberado, pero no de la pesadilla de su sentir.

Lo inconfesable de la envidia

A las mujeres la envidia nos da mucho miedo. No creo que sea porque no estamos acostumbradas históricamente a convivir con el mal, como alegan algunas,²³ sino porque nos reactiva, nos devuelve, nos retorna a las sombras de la relación con la madre, la relación en la que nos constituimos, como dicen otras.²⁴ Las razones de la inconfesabilidad de la envidia dan medida de la enormidad del temor que provoca. Al margen de la imposibilidad de confesar –llevar a la consciencia– su dimensión inconsciente, una vez esta accede al sentir y a lo simbólico, el primer motivo por callarla y acallarla

es porque se da en el amor de la amistad. Recuértese la etimología amorosa de la palabra “amistad”. Heródoto, antes que Aristóteles, es el primero en trazar este vínculo entre la envidia y la amistad, entre semejantes.²⁵ María Zambrano también lo recoge en *El hombre y lo divino*.²⁶ Por eso, en su dimensión político-social, a la envidia se la conoce como la pasión de las sociedades democráticas.²⁷

No envidias a quien no conoces. Puedes admirar o querer para ti el reconocimiento o excelencia de la que crees la mejor en tu profesión o la que es tu referente para el pensar o el vivir, pero solo envidias a la que tienes cerca, a la que te espeja la posibilidad de ser lo mismo; a tu amiga de profesión o de diversión, a tu hermana, a tu madre, a tu hija. Es muy fácil que se dé cuando hay amor profundo, aunque el dolor sea mucho mayor.

La dificultad de la confesión radica aquí, en tener que hacer público, político, el malquerer a la otra que sin embargo amas. Esta es la primera razón importante de su inefabilidad, cuesta admitirlo, sobre todo, admitírtelo. La segunda razón es su naturaleza no objetual ni causal. Lo terrible de la envidia de las mujeres, creo, es que no afecta la vida material sino la vida del alma. Esta es una de las tesis de Silvia Vegetti Finzi. Afirma que la envidia no concierne al tener sino al ser, por eso no va de competición.²⁸ No va de competir, de ganar algo, sino de robar y despojar el alma ajena, de ser algo, de sentir que eres algo en el mundo. Ante la que envidia la envidiada no tiene nada que apelar, solo interpelar. No depende de lo que la envidiada haga o deje de hacer, tenga o deje de tener. Por eso es insaciable. La envidia es de la envidiosa, puesta en la envidiada para defenderse de algo insoportable que puede tener que ver con la sombra de la madre. La envidiada ni pincha ni corta, si se llega a enterar, solo padece sus consecuencias.

Yo misma en el título del primer epígrafe he omitido ponerme en su ser. Decir “la que envidia” apacigua la

amenaza del “ser envidiosa”. Me he colocado en lo pasivo de la pasión, escondida tras la indefinición pronominal y sujeta a la acción subordinada. Además, la he hecho extensible. La comparto contigo, querida lectora –o lector. Compartirla la hace menos monstruosa para las dos, aunque no menos fastidiosa.

Sentirla no es actuarla

Subrayar la posición del padecer en lugar de la acción, la posición de la que la siente en lugar de la que la ejerce, traza ya un camino. Sentirla no es actuarla. Duele a una, a la envidiosa, no a las dos. Afligirse por el bien o bienestar de la otra, desear su mal o gozar de él, tres de las dinámicas de la envidia, no es practicarlos. La filosofía moral masculina de la antigüedad griega ha puesto palabras distintas a todos estos pesares sin distinguirlos de su acción. A la indignación justa la llaman *némesis*, al pesar por la suerte ajena, *phthónos*, al regocijarse por la desgracia ajena, *epichairekakia*, a esta última pasión la lengua alemana la llama *Schadenfreude*.²⁹ En la tradición cristiana se hace esta distinción. Hildegarda de Bingen la recoge en *el Libro de los méritos de la vida*, el libro de visiones en el que la monja filósofa y artista guía el alma humana para evitar los vicios –entre ellos, la envidia– y practicar las virtudes con el fin de conseguir los méritos divinos, Hildegarda distingue entre vicios y pecados. El vicio es la inclinación o disposición del alma al mal, el pecado implica un acto humano fruto de la voluntad.³⁰

El sentir de la envidia señala un deseo oculto que la envidiada despierta en la envidiosa. La facilidad de proyección e identificación con la otra que tenemos las mujeres, al haber nacido del mismo sexo que la madre, hace que la envidiosa descubra un deseo que no sabe ni que tiene. Este puede ser uno de sus beneficios. La envidia permite a la que envidia conectar con su propio deseo.³¹ En este sentido la envidia es más fértil que el odio. En esta misma línea, aunque desde otro lugar, va el argumento

de Chiara Zamboni en el artículo que se publica en este mismo número de la revista. La capacidad que tiene la envidiosa de reconocer la excelencia de la otra significa que la excelencia ya está en ella. No se reconoce lo que no se conoce. Saberlo no la evita, pero calma, disminuye su fuerza. Sin fuerza, sin impulso, difícilmente pase a la acción.

Reconocer el deseo que tapa y acoger las formas diversas en que aparece la envidia en el sentir, puede parar su acción, aunque no su padecer. Para ello se necesita estar dispuesta a la apertura de lo negativo y a mucha elaboración simbólica. En los grupos de mujeres esto es una obligación –en el sentido político de necesidad de vínculo y de respeto a las necesidades del cuerpo y del alma humana que le da Simone Weil –³² de la agenda política. Así lo vieron ya a finales de los ochenta, Susie Orbach y Luise Eichenbaum en *Agridulce. El amor, la envidia y la competencia en la amistad entre mujeres*.³³ Se dieron cuenta de que una vez apaciguada la efervescencia del movimiento de las mujeres de la década anterior, apareció la envidia con toda su crudeza. La envidia vive tranquila y contenta en la identificación, con objetivos comunes e iguales pasados. Una vez libradas de lo común, que es el patriarcado, afloran las diferencias y las disparidades entre nosotras. La disparidad, ya lo he dicho, no es plato de buen gusto para la envidia, que siempre va diciendo: “¡Ah, a mí me pasa lo mismo!”, “¡Sí, yo soy igual que tú!”. La envidia, dice María Zambrano, “es la visión en un espejo que no nos devuelve la imagen que nuestra vida necesita”.³⁴ Saber qué imagen necesita nuestra vida exige estar constantemente actualizando los pactos entre mujeres. No lo olvidemos hoy, que el movimiento ha vuelto con nuevas caras.

Fecha de recepción: 17 de febrero de 2020.

Aceptación: 28 de febrero de 2020.

notas:

¹ Maria Miceli lo subratlla en el título de su libro *L'invidia. Anatomia di un'emozione inconfessabile*, Boloña: il Mulino, 2012.

² Por ejemplo: Susie Orbach y Luise Eichenbaum, *Agridulce. El amor, la envidia y la competencia en la amistad entre mujeres*, trad. cast. de María José Aubert y Mireia Bofill, México D.F., Barcelona, Buenos Aires: Grijalbo, 1988 [1987]. Silvia Vegetti Finzi, "La mela avvelenata: funzione dell'invidia nella relazione tra done", en Gustavo Pietropolli Charmet y Massimo Cecconi, *L'invidia. Aspetti social e cultural*, Milán: Libri Scheiwiller, 1990, pp. 119-131, p. 122. Donatella Borghesi, *Specchio, specchio delle mie brame. Luci e ombre dell'invidia tra donne*, Milán: La Tartaruga, 2000.

³ La traducción es mía. El original italiano dice: "quando il negativo si lascia introdurre nel discorso, vuol dire che, poco o tanto, è uscito dalla sua assoluta negatività e non pretende di trionfare da solo". Vid. Luisa Muraro, "Introduzione", en Diotima, *La magica forza del negativo*, Nápoles: Liguori, 2005, pp. 1-8, p. 1.

⁴ María Zambrano, *Confesión: género literario*, Madrid: Siruela, 1995 [1943], p. 29 y en la p. 37 lo repite en otras palabras.

⁵ Maria Miceli se refiere a unos experimentos de psicología social que han mostrado que sentir envidia activa la corteza cingulada anterior, la misma área cerebral que registra el dolor físico, en *L'invidia. Anatomia...*, cit., posición 736 de 1976, de la versión en e-book.

⁶ Diana Sartori, "La tentazione del bene", en Diotima, *La magica forza del negativo*, cit., pp. 9-33.

⁷ Chiara Zamboni, «Una contesa filosofica e politica sul senso delle pratiche», *Per amore del mondo*, vol. 5, pp. 38-46.

⁸ Sobre las prácticas políticas habla el libro de la Librería de mujeres de Milán, *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*, trad. cast. de Maria-Cinta Montagut y Anna Bofill, Madrid: horas y Horas, 1991. La práctica del inconsciente del feminismo italiano la explica Lia Cigarini en "Per non diventare tutte/i transessuali simbolici", en Chiara Zamboni (al cuidado de), *La carta coperta. L'inconscio nelle pratiche femministe*, Bergamo: Moretti&Vitali, 2019, pp. 42-53.

⁹ El libro de Diotima sobre la práctica del partir de sí es, *La sapienza di partire da sé*, Nápoles: Liguori, 1996.

¹⁰ Sobre este espacio psíquico materno en el que entramos las hijas, ver Susie Orbach y Luise Eichenbaum, *Agridulce...*, cit. p. 17.

¹¹ A este respecto ver los textos de Wanda Tommasi y Chiara Zamboni en este mismo número de la revista.

¹² Silvia Vegetti Finzi, "La mela avvelenata: funzione dell'invidia nella relazione tra done", en Gustavo Pietropolli Charmet y Massimo Cecconi, *L'invidia...*, cit., pp. 119-131, p. 122.

¹³ Melanie Klein traza esta distinción en "Envidia y gratitud", en *Obras completas*, vol. 3, Barcelona: Paidós, 1989, pp. 181-240, pp. 86-88.

- ¹⁴ Xabier Pikaza, *Mujeres de la Biblia judía*, Barcelona: Clie, 2013, p. 86-89.
- ¹⁵ Gilda De Simone Gaburri, “Il concetto psicoanalitico di invidia”, en Gustavo Pietropoli Charmet y Massimo Cecconi, *L'invidia...*, cit., pp. 107-117, p. 108.
- ¹⁶ Elena Pulcini, *Invidia. La passione triste*, Boloña: il Mulino, 2011, p. 34 (existe traducción castellana de Juan Antonio Méndez en Machado libros, Madrid, 2017).
- ¹⁷ Maria Miceli, *L'invidia. Anatomia...*, cit., posición 419 y ss.
- ¹⁸ David Cast afirma que la envidia es la principal metáfora del pensamiento social renacentista en *The Calumny of Apelles. A Study in the Humanistic Tradition*, New Haven: Yale University Press, 1981, p. 8. Ver también Javier Portús, “Envidia y conciencia creativa en el Siglo de Oro”, *Anales de Historia del Arte*, volumen extraordinario, 2008, pp. 135-149; y Cristina Fontcuberta i Famadas, “Envidiosos e ignorantes: iconografías polémicas del mundo artístico en época moderna (s. XVI-XVII), Spanische Originalfassung zur Übersetzung »Neider und Ignoranten: Künstlerstreit-Ikonographien des 16. und 17. Jahrhunderts « von Kristin Bartsch, en Doris H. Lehmann (ed.), *Vom Streit zum Bild. Bildpolemik und andere Waffen der Künstler*, Merzhausen: Ad Picturam, 2017, pp. 19-46.
- ¹⁹ Los ejemplos los saco de Maria Miceli, *L'invidia. Anatomia di un'emozione inconfessabile*, posición 167 y posición 784 de 1976, respectivamente, de la versión en e-book.
- ²⁰ Enzo Melandri, “L'invidia: vizio o virtù”, cit., pp. 23-31, p. 28. Ver también Maria Miceli...
- ²¹ María Zambrano, “Para una historia de la Piedad”, *Aurora. Documentos* (2012), pp. 64-70.
- ²² María Zambrano, “El infierno terrestre: la envidia”, en *El hombre y lo divino*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2005 [1955], pp. 277-295, p. 289.
- ²³ Maria Miceli, *L'invidia. Anatomia...*, cit., posición 503 y ss.
- ²⁴ En este mismo número, Wanda Tommasi y Chiara Zamboni tratan este asunto.
- ²⁵ Elena Pulcini, *Invidia...*, cit., p. 36.
- ²⁶ María Zambrano, “El infierno terrestre: la envidia”, en *El hombre y lo divino*, cit. pp. 277-295, pp. 283-288.
- ²⁷ Elena Pulcini, *Invidia...*, cit. pp. 55-105 y el clásico de Helmut Schoeck, *La envidia y la sociedad*, 2 vols. trad. cast. de Marciano Villanueva Salas, Madrid: Unión editorial, 1999.
- ²⁸ Silvia Vegetti Finzi, “La mela avvelenata: funzione dell'invidia nella relazione tra done”, cit., pp. 119-131, p. 122.
- ²⁹ Enzo Melandri, “L'invidia: vizio o virtù?”, en Gustavo Pietropoli Charmet y Massimo Cecconi, *L'invidia...*, cit., pp. 23-32, p. 28.
- ³⁰ Lo recojo de Rafael Renedo “Advertencia sobre términos que se traducen de determinada forma, o que necesitan explicación”, en Santa Hildegarda de Bingen, *Liber vitae meritorum. Libro de los méritos de la vida*, trad. del latín y notas de Rafael Renedo, edición online de diciembre de 2014, pp. 16-18, p. 17. Accesible en: www.hildegardiana.es (última consulta enero de 2020).

³¹ Julie Gerhardt, “Las raíces de la envidia: la experiencia poco estética del self atormentado/desposeído”, trad. cast. de Marta González Baz, *Aperturas psicoanalíticas. Revista internacional de psicoanálisis*, núm. 35 (2010), accesible en: <http://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000649> (consulta: febrero de 2020).

³² Simone Weil, *Echar raíces*, trad. cast. de Juan Carlos González Pont y Juan-Ramón Capella, Madrid: Trotta, 1996 [1949] pp. 23-27.

³³ Susie Orbach y Luise Eichenbaum, *Agridulce. El amor, la envidia y la competencia...*, cit., pp. 21-34.

³⁴ María Zambrano, “El infierno terrestre: la envidia”, cit., p. 287.